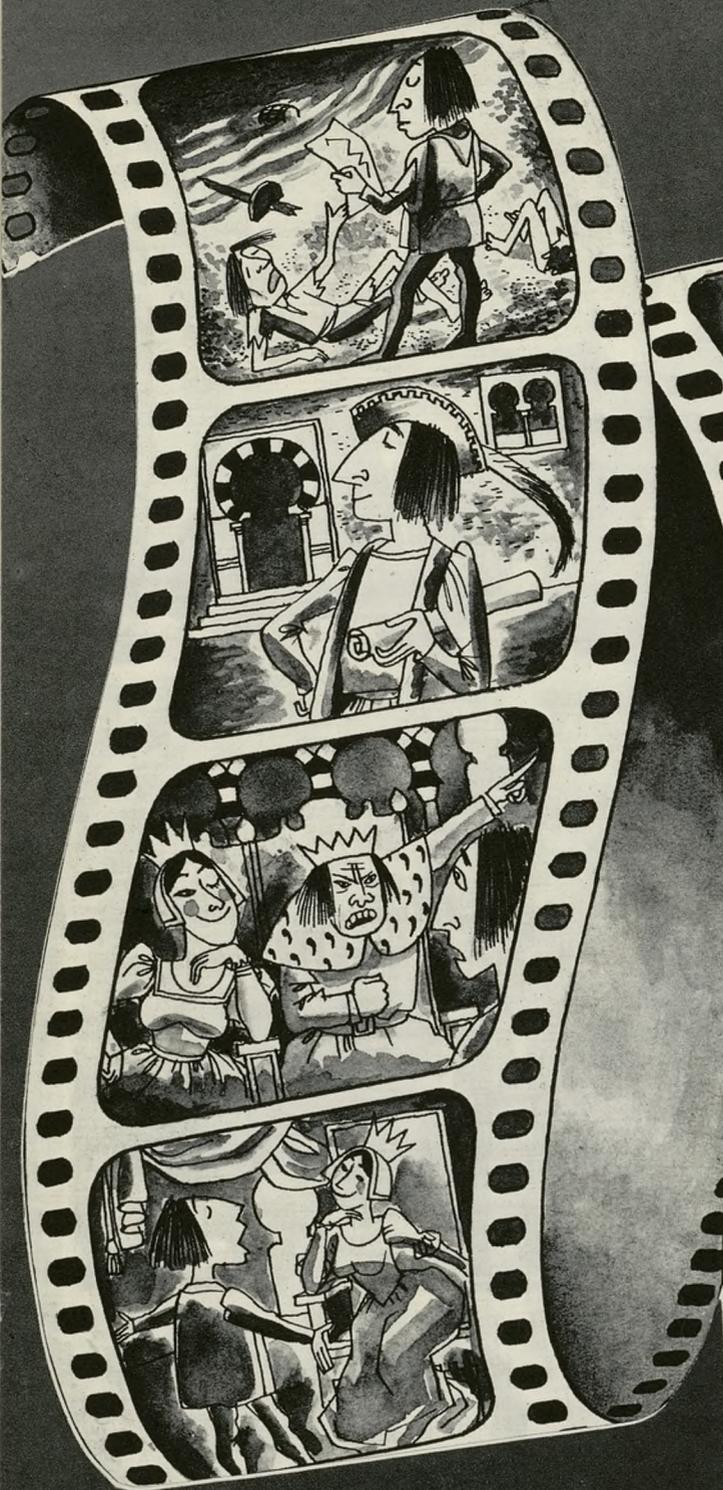


Un "Cristóbal Colón" a la inglesa



Y ya le tenemos en el mar con las tres carabelas. Se detiene en la Canarias para hablar con el Gobernador... que es Beatriz, y de resultados de ello zarpa de nuevo, aumentando las tribulaciones y el descontento en las gentes de mar que le acompañan, especialmente en un Sánchez, un Lope y un Pedro, que sienten temores ante desconocidos peligros. A los diecinueve días, los hermanos Pinzón, como dos hombreritos, se presentan en la «Santa María», porque ya no aguantan más, y piden de manera violenta que se les diga por qué no han divisado tierra aún. Colón, avergonzadito, como muchacho a quien pillaran en un grave renuncio, les dice que han pasado ya las islas... por la noche. Se niega a regresar hasta que haya terminado su misión y convence a los díscolos de su determinación y destreza, y el viaje continúa, aunque los hermanos Pinzón se muestren dudosos de su éxito. A partir de entonces se establece como un nuevo juego, un «fair play», en el que unos días uno de los marineros dice: «¡Tierra!», y todos se alegran, y al día siguiente es: «¡Mar!», y todos se tornan tristes. Pero una noche, Colón, muy cansado y deprimido, hace solo la guardia en el castillo de popa. De repente llama a Diego y a Cosa («¡pobre don Juan de la...!»), y en vez de decir «¡tierra!», que es el grito que la Historia le ha adjudicado a Rodrigo de Triana, nuestro buen Colón inglés exclama: «¡Luz en la costa!» Y así llega a la isla que descubre para España con el nombre de San Salvador. En la «Pinta», más rápida, Martín Pinzón se cansa de la expedición y se separa del mando de Colón para buscar oro. La «Santa María» y la «Niña» continúan juntas. Una noche hay una falta de vigilancia a bordo de la «Santa María» y el barco encalla y naufraga. Se salvan las maderas del barco para construir una colonia, y Colón decide por sí y ante sí colonizar las islas, dejando cuarenta hombres de los suyos, para regresar él a España. (Y las capitulaciones y el derecho de la Corona ¿qué importan?) Como están acostumbrados a sus compañías de Indias, cada cual hace lo que le viene en gana.) En la «Niña» Colón llega a Palos.

Con 17 barcos, más de mil hombres y gran cantidad de géneros y animales, zarpa nuevamente para las islas del Oeste para explorar y colonizar las Indias (cuando él seguía creyendo en Catay y en las tierras de Asia). Años más tarde, los pasillos de Palacio, como si fuera un Ministerio de la postguerra, se ven llenos de los colonizadores, que regresan harapientos y medio consumidos por el hambre y el abatimiento. Surge entonces el traidor, como en los buenos dramas echegarayescos, en la persona del Bobadilla de los años de marros, quien, enemigo del descubridor, persuade a los Reyes de que Colón gobierna mal, y es enviado como Justicia Mayor y Comisario Real (?) para anular la autoridad de Colón, a quien envía a España encadenado.

En la batuda final de este circo histórico presentan a Colón encadenado ante los reyes, como si se tratara de un ejemplar raro cazado en las colonias del África inglesa, y aquellos—la reina amada, sobre todo—le prometen perdonarle si no vuelve más a la mar. Y él, descorazonado y triste, marcha a morir. En su lecho de muerte, como un profeta único, sueña con lo que su descubrimiento significará para el mundo, y piensa en la radio, en los transatlánticos, y en el Building Empire, y en las Pampas argentinas...

Tal es esta maravillosa producción, que daría pena presenciar si no fuera la risa la que nos mueve a compadecerla. De seguir este pillaje en las páginas de la Historia, llegaremos a las más inconcebibles interpretaciones en personajes y hechos históricos, lo que, llevado y realizado con una determinada finalidad política, puede acarrear consecuencias deplorables. ¿Qué diría el público inglés de una película española cuyo protagonista fuera Nelson, y mostrara que el brazo perdido lo fue en una vulgar reyerta con el marido de lady Hamilton en una monumental borrachera, o que la reina virgen era una santa mujer, enamorada «virginalmente» y hasta el tuétano de don Felipe II? Después de este Colón «made in England», nada parece ya imposible.



BUENOS amigos hemos sido siempre de los ingleses cultos, por lo que ellos han representado en la literatura, en el arte y en la ciencia. Pero porque somos más amigos de la verdad, como el clásico, hemos de censurarles la supina ignorancia y la falsedad reconcentrada que casi siempre emplean en las cosas que a España se refieren, cuando se trata de hacer historia o comentarla «ingenumentemente».

Este exordio salta a las páginas de MVNDO HISPANICO debido a la proyección de una película en tecnicolor que han lanzado los estudios ingleses de «Gainsborough Pictures», en Londres, sobre personaje tan unido a nuestra historia como Cristóbal Colón, y que estarán presenciando los públicos extranjeros con curiosidad y deleite.

Cualquier empresa cinematográfica que se precie de tal—¡hasta las españolas!—se asesora previamente cuando se ocupan de temas semejantes. Pero en esta ocasión todo estudio científico se ha dejado aparte para presentar al descubridor del Nuevo Mundo como un personaje de Salgari o de Mayne Reid, con gotas de novela americana a lo Mitchel o Robertson. ¿Para qué, Señor de los historiadores, los tomos dedicados al Almirante y la búsqueda continua de documentos nuevos y de nuevas noticias? ¿Para qué este trabajo intenso si luego un mister Adrian Seligman, oficial de la escala de reserva de la Marina Británica, puede llegar a escribir su guión, haciendo caso omiso de tales «minucias», porque su numen lo concebía junto con otras obras, durante un viaje de recreo alrededor del mundo? A buen seguro que el guión fue escrito en noche de mareo, porque las hazañas del genovés están mezcladas y batidas como «cocktail» explosivo, de los que hacen llorar... de risa. Mejor que nuestro comentario, presencie el aficionado lector la presentación de la cinta regocijante.

El reparto y la sintonía se funden en el interior de una casa a orillas del mar. Mientras se celebra un ágape ofrecido por Cristóbal Colón y su mujer Felicia a dos huéspedes suyos en su casa de Porto Santo, en Madeira, arriba a la bahía un barco averiado. Colón corre, ansioso, a la playa, porque sabe que le traen los pobres naufragos un mensaje para sus futuros estudios. Deja así interrumpida la severa plática que sostenía con sus amigos sobre su ambición de llegar al Oriente navegando por una ruta más rápida a través de los mares del Oeste. En la playa encuentra a un puñado de marineros del barco, casi moribundos, pero con ánimos suficientes para hablarle de unas tierras maravillosas que hay hacia el Oeste, a veinticinco días de navegación, y aun tienen tiempo bastante, en su moribundez, para mostrarle un mapa con la ruta marcada. ¡¡Verlo Colón y pensar en que él encontrará el Nuevo Mundo, todo es uno!!

Pasan algunos años y, ya viudo, se dirige a España para solicitar el favor regio para su aventura. En el Monasterio de la Rábida, donde solo descansa una noche, Colón habla con el prior, un democrático padre Pérez, de sus teorías y ambiciones, y recibe una carta de presentación para Juana de Torres, confidente de la reina Isabel. Don Cristóbal acepta, agradecido, la recomendación y marcha a la Corte española, sita en un alcázar moro en Córdoba, que hasta la fecha desconocíamos los españoles. Se presenta a Juana de Torres y empieza a conocer a todas las gentes que después habrán de fastidiarle, entre ellas, a Francisco de Bobadilla, «arrogante, pomposo e intrigante», en quien encuentra un antagonista. La joven Juana consigue para Colón una audiencia con los Reyes, en la que Isabel, de repente, le pone buenos ojos y hasta se interesa «un poquito, nada más» por él, mientras el monarca, como si fuera un bilioso crítico de historia, ridiculiza sus teorías y lo despide bruscamente.

Pero Colón no cede, y conocido y consciente de lo que jamás llegó a saber en su vida, le promete a la Reina que conseguirá para ellos un «Imperio como jamás lo soñó monarca alguno», y si se descuida, y la Reina le sigue escuchando, le hubiera indicado que se llamaría América y sería cuna de una nueva civilización.

Una Comisión real se reúne para considerar el proyecto. Como si se tratara de una deliberación en la Cámara de los Lores, la Comisión da comienzo a sus deliberaciones y tres años después aún siguen con ellas. (Olvidaron, sin embargo, en el guión, el detalle del huevo, que le hubiera dado peso, amenidad y... vitaminas.) Los incidentes históricos dan paso a los amorosos. Como un galán tiernequito, al visitar un día Colón a Juana para protestar contra las dilaciones de la Comisión, se encuentra con Beatriz de Peraza, bella y joven viuda, prima de Bobadilla, que había sido enviada diez años antes a las Canarias por orden de la Reina, quien la había sorprendido en amores con el Rey. Se sienten mutuamente atraídos. Y ya se siguen las miraditas y los suspiros hasta el terrible aguijón de los celos.

En el patio de los Naranjos del alcázar cordobés (¡eche usted fantasía!), mientras espera a Colón, Beatriz es sorprendida por el Rey, que la besa contra su voluntad. (Ignorábamos que D. Fernando fuera el antecedente directo de D. Felipe el Hermoso.) Llega Colón y, como en los dramas de Rambal, corre en auxilio de la dama, y entonces ve quién es su rival. Furioso, está a punto de decir algo muy importante y trascendental, pero calla su lengua porque detrás de un naranjo está desnudada y cariacontecida la reina Isabel, que ha presenciado el incidente. A la pobre Beatriz la obligan a hacer la maleta para Canarias y a Colón lo devuelven a La Rábida por inservible. El democrático Padre Pérez acude otra vez a la reina, diciéndole que si no ayuda a Colón, se marchará a París a exponer su mercancía ideológica. Nueva Comisión de estudio, y como si se tratara de dos iguales, señora y cocinera, que discutirían la cuenta de la compra, discuten el precio de los descubrimientos que él promete realizar por anticipado, y como el precio es demasiado elevado, Colón, en un acceso de ira y resentimiento deja plantados a los señores porque se va para Francia. Pero no se va porque, en vista de cómo están en aquel tiempo los descubridores, aceptan los reyes sus condiciones, a pesar de que son caras.